



Galería de Almas
por Jordi Armengol Carner

I

Con una simple mirada al cielo sabe a la perfección por dónde va a amanecer. El destino irrefrenable que lleva a que los rayos que surgen de las entrañas del astro rey se conviertan en mensajeros de la luz inequívoca, con la monótona misión de cada mañana de barrer con dulces tonos cálidos la oscuridad que ha prendado el cielo durante la noche.

Aún y a sabiendas, Raúl no puede evitar levantarse cada mañana y salir al balcón de su estudio a contemplar el hermoso teatro del amanecer. A sentir la brisa matinal acariciar su torso desnudo, mientras la luz que se alza por el horizonte llena sus pupilas de una nueva e incesante claridad que le da los buenos días.

Raúl sonríe. Sus ojos todavía están enmarañados por el corto sueño del que ha disfrutado esta noche. Vuelve a entrar en la habitación mientras corre con cierta emoción las cortinas de los ventanales, dejando que el alba invada la estancia. La tela se alza delante de él. Los tonos oscuros brillan con la llegada del sol y los trazos rojizos que pueblan la pintura cobran nuevos matices y tonalidades que hasta ahora habían sido negados a los ojos de Raúl con el único sustento de las velas nocturnas.

El cuerpo de una joven desnuda, de piel blanquecina y suave. Las mejillas sonrojadas y los labios de un apasionante y tentador carmín. Los ojos, marrones como el café. La mirada perdida en la nada. Los oscuros rizos de la hermosa melena descienden por su pálida tez hasta mezclarse con el tono rojo que cubre el tierno cuerpo.

Raúl suspira mientras lucha por mantener el aliento. La escena es maravillosa. Las proporciones magistrales, y los tonos y los colores, simplemente indescriptibles.

Con una nueva sonrisa, el joven vuelve a dar la bienvenida a la luz de la mañana que ha destapado su obra cumbre. El sueño de una virgen, cuyo cuerpo yace a pocos metros de la pintura, desposada sobre una blanca sábana de seda, con los ojos perdidos en el techo de la habitación. Sus orondos senos ya no se mueven. Su aliento se ha perdido en el aire y sus labios, entreabiertos y todavía húmedos, sólo pueden ahora saborear el dulce beso del joven, que acaricia sus sonrosadas mejillas mientras disfruta



del dulce contacto. Y después, un breve murmullo, como un suave suspiro. " Gracias ".

Raúl se aleja lentamente de la muchacha, mientras el brazo de la chica se desliza por la sábana blanca al perder el contacto con la mano del joven. Él no deja de mirarla, de contemplar agradecido y maravillado la luz de la mañana que llena la sala y le permite ver con nuevos ojos a su bella modelo.

Un timbre suena. El inequívoco ruido del teléfono rompe el silencio de la habitación. El hechizo se rompe y Raúl se limita a la ardua tarea de incorporarse sobre la cama. El teléfono sigue sonando. Se acerca a él rápidamente, cruzando la sala corriendo, como si el molesto sonido fuera a despertar a la joven que yace sobre la tumbona, para terminar abalanzándose sobre el aparato.

Una voz gruesa suena al otro lado de la línea. " ¿ Raúl ? ¿ Raúl López ? "

" Soy yo. ¿ Quién es ? " responde el joven. " Caramba. Soy Eduardo. No te había reconocido la voz. Estás resfriado ? "

" No, no. Es solo que hace poco que me he levantado. Yo tampoco te he reconocido. ¿ Sabes algo ya ? "

" Claro, hombre. Si no, no te estaría llamando tan temprano. El tipo va a pasarse esta mañana. Me lo confirmó anoche. Te habría dicho algo antes, pero sé que cuando trabajas no te gusta que te..."

" ¿ A qué hora quieres que esté ahí ? "

" Me dijo sobre las ocho. O sea, que ya sabes. Te vienes un poco antes, para perder la costumbre, y de paso aprovechamos para hablar un rato. ¿ Tienes algo nuevo ? "

" Algo tengo. "

" ¿ En serio ? ¿ Has pintado algo más ? "

" Un par de cuadros. Pero todavía no sé si quiero ponerlos a la venta los dos. Creo que uno me lo voy a quedar. "

" Vamos, Raúl. Tráete los dos. No seas así. ¿ Cómo vas a ganarte la vida si la mitad de los cuadros que pintas te los quedas para tu maldita colección. ? "



“ No sé, Eduardo...” le responde Raúl. “ Tú trae los dos. Y se los enseñas. Este tipo está maravillado con tu obra. Estoy seguro de que te hará alguna oferta que no podrás rechazar. Está forrado. ”

“ Bueno, mira, me paso luego y hablamos. ”

“ De acuerdo, pero tráete los dos, ¿eh? ”

“ Hasta luego.”

Raúl cuelga el teléfono y apunta un ocho sobre una nota blanca. La punta del lápiz se resquebraja cuando termina de escribir la nota con un punto. Cabecea hacia la ventana y recuerda abrió todas las cortinas para dar paso a la luz del alba. Pero la habitación está medio sumida en la penumbra. Sólo unas pocas velas que han resistido a la noche siguen encendidas, con sus cuerpos de cera consumidos y desparramados sobre el suelo de madera.

El caballete yace cubierto por una sábana blanca que llega hasta el suelo, recubriendo la forma de una gran tela rectangular. Raúl avanza lentamente hacia el centro de la sala. La tumbona está vacía. No hay ninguna joven yaciendo en ella.

Tira con fuerza de la sábana que recubre el caballete y en la tela no hay ninguna joven, ni tan siquiera una tumbona. La pintura representa una tormenta marina, con el cielo tempestuosamente oscuro y relámpagos descendiendo hasta de él hasta la superficie de un exaltado mar.

Raúl la contempla durante unos instantes, hasta que los recuerdos de su trabajo nocturno vuelven a su cabeza y la débil neblina del sueño empieza a desaparecer. Se percata enseguida del engaño que le ha jugado la mente. Un sueño con el que Raúl se ha ido familiarizando durante los últimos meses, pero que no por eso deja de sorprenderle cada vez que despierta de él.

Esta vez ha sido intenso. Intenso de verdad. Sintió a la perfección el contacto con los labios de la joven. El calor que su cuerpo desprendía. El brillo perdido de sus voluptuosos ojos. El erotismo de su presencia desnuda echada sobre la tumbona. El joven artista cabecea hacia un montón de cuadros apoyados contra la pared, en un rincón de la habitación, más allá de la pobre luz de las velas casi extinguidas. Se acerca a ellos y busca entre las pinturas, hasta satisfacer la inquietud que le corrompe la cordura.

Un simple esbozo a carbón, sin ni siquiera pruebas de color. Lo aparta de la oscuridad y se acerca hasta una de las velas. Un esbozo de retrato que



empezó a dibujar apenas hace un año. Una joven semidesnuda. Con el cuerpo reposando sobre una sábana de seda blanca que cubre una tumbona. El pelo castaño oscuro, rizado. Las mejillas sonrojadas y los ojos grandes y marrones como el café. Aunque con una pequeña diferencia. La chica del sueño era una extraña. Y ésta no lo es.

Raúl deja la tela en el suelo y se aparta de ella unos pocos pasos hasta una distancia prudente que le permite contemplar el dibujo a la perfección. Se cruza de brazos y durante unos instantes, permanece inmóvil. Una lágrima empieza a descender por su mejilla.

II

Raúl López desciende por la Vía Layetana mientras una silenciosa multitud le rodea. Bajo su brazo, un paquete notablemente grande, envuelto en papel de embalaje y atado con finos cordeles amarillentos. Su paso es ágil y seguro. No es la primera vez que desciende por esta acera en dirección a la sala de arte.

Todo es normal. Como cada día. El mismo aire. El mismo tráfico. Los mismos edificios. La misma acera.

El mismo recorrido desde Plaza Urquinaona. Las mismas caras desconocidas y quizá alguien familiar con quien se ha cruzado alguna que otra mañana a estas horas. Pero siente algo distinto.

Una sensación para nada habitual. Un vacío en su interior que sólo ha experimentado en contadas veces. Solamente tras finalizar sus mejores pinturas. Aquéllas de las que se siente realmente orgulloso y que guarda con recelo en su colección privada. Aquéllas que se niega a mostrar al gran público, para protegerlas de las opiniones ignorantes y molestas de la purria sin criterio que se atreve a dar su opinión.

De las miradas vacías que son incapaces de comprender el sentimiento y la motivación de cada uno de los trazos y de los tonos que componen sus telas preferidas. Sus mejores obras. Sus obras maestras.

Cuando mira al cielo, unas nubes rojizas parecen cubrir el sol, sin siquiera haberse movido del mismo lugar desde que salió de su apartamento. Una nueva anécdota extraordinaria que añadir a esta mañana de Noviembre.

Raúl se detiene delante del aparador de la galería de arte. Tras el cristal, un montón de pinturas vacías y soeces, sin ningún sentimiento, sin ningún



talento que pueda compararse al de su obra. Obras despreciables de ineptos autores cuyas manos habría que cortar para evitar que siguieran corrompiendo la buena palabra a la que Raúl ha honrado con lo mejor de sus obras: Arte.

Haciendo caso omiso de tal visión enojante, el joven autor cruza el umbral y se adentra en el interior de la galería.

Una dulce campanilla resuena en la estancia al abrir y cerrar la puerta. El joven cabecea en busca del dueño. Eduardo está en el fondo de la sala, hablando por teléfono. Es un hombre grueso, que aparenta haber pasado con creces la cuarentena. En el centro, una exposición de esculturas contemporáneas que Raúl desprecia con una simple mirada esquivada.

El pintor se detiene delante del escritorio, mientras Eduardo termina de hablar por el aparato. " Raúl, amigo. Apenas son las ocho y ya estás aquí.

¿ Decidiste llegar temprano para confirmar la regla ? ¿ O simplemente para sorprenderme ? "

" No seas necio. El metro debía tener prisa hoy. " Le responde el artista.

" Tu siempre derrochando tanta simpatía. Vamos, acompáñame a la trastienda y muéstrame lo que me has traído. "

Los dos desaparecen tras una cortina y una pequeña bombilla se enciende al ser enroscada. Raúl desembala con cuidado el paquete y muestra a Eduardo su contenido. " ¿ Una tela ? ¿ Una y ya está ? " le responde Eduardo, sorprendido.

" Ya te he dicho que tenía que pensármelo. La otra no está a la venta. "

" Raúl, no termino de comprender qué es lo que tienes en tu maldita cabeza. ¿ Crees que vas a conseguir algo con esa actitud ? ¿ Cómo demonios vas a conseguir dinero así, colega ? ¿ Quieres arruinarnos a los dos ? "

" Mi colección es privada, Eduardo. De hecho, puedes estar agradecido de haber visto alguna de las pinturas. Eres el único que lo ha hecho aparte de mí. "

" Y son Increíbles. ¿ Lo entiendes ? Increíbles. Alucinantes. Esas pinturas valen miles de euros. ¿ Te crees que me como un rosco llenando esta maldita galería de la mierda que vendo cada día? Sólo sirve para vaciar los



bolsillos de los imbéciles que pasan por aquí y no tienen ni la más remota idea de lo que es arte, Raúl. Pero tú eres bueno. Esos cuadros son geniales, muchacho. Y este tipo está forrado de pasta.”

“ No los voy a vender. Hemos hablado de esto demasiadas veces. Por mí te puedes ir al carajo tú y tu maldita galería. Aún maldigo el día en que te dejé entrar en mi apartamento, Eduardo. Esos cuadros no están hechos para ojos que jamás serán capaces de entender ni uno solo de sus trazos. Son arte en su más pura esencia. ”

“ Por eso tienes que venderlos, maldita sea. Darlos a conocer al público. Enseñarles lo que es pintar. Lo que es tu obra, tu sentimiento. Si no, ¿para qué diablos pintas ? ¿ Para satisfacer tu pobre ego ? ¿ Tan inconsciente eres de tu talento ? ”

Raúl cabecea hacia Eduardo y le mira directamente a los ojos, aburrido por la estúpida e impropia conversación.

“ No entiendes nada de lo que te digo. Ni siquiera te molestas en intentarlo. No sé qué diablos estoy haciendo aquí. ¡ Maldita sea, esos cuadros no están a la venta ! ”

“ Eres un inmaduro, Raúl .”

El denso ambiente se ve cortado por la melodía de la campanilla de la puerta. Un hombre de porte alto, distinguido, se detiene cerca de una de las esculturas expuestas en la galería. El cabello blanco, largo, rizado, muy bien cortado y con ligeros brillos plateados. Una elegante bufanda de seda cubre su cuello, bajo el cual se alarga un oscuro abrigo negro que desciende hasta casi llegar a los pies del caballero.

Eduardo aparta la cortina de la trastienda y desaparece en dirección al elegante personaje. Raúl, por su cuenta, recoge el embalaje de la tela y se dispone a empaquetarla otra vez. Cuando sale a la galería con el paquete bajo el brazo, encuentra a un sonriente Eduardo hablando con un personaje de claro aspecto distinguido. Y algo más. Huele a montones de dinero. Y a corrupción.

El hombre cabecea y sus ojos miran directamente a los de Raúl. Unos ojos oscuros, fríos y penetrantes, capaz de helar el corazón de cualquiera que se atreva a enfrentarse a ellos. “ Señor Häel, le presento a Jon Ugarte. El artista más aventajado de todos los que han logrado exponer en mi...humilde galería ”.



El hombre sonrío efusivamente mientras extiende la mano hacia el joven pintor. La expresión de su cara denota una cierta amenaza latente que Raúl no consigue unir al aspecto del hombre. El pintor tarda unos instantes en decidirse a estrecharle la mano, mientras sostiene bajo su brazo, de la mejor forma que puede, el paquete que envuelve la tela.

" Encantado, señor López. " Le responde Häel, sin dejar de devolverle la mirada.

" Este es el distinguido caballero del que te hablé, Raúl. Está muy interesado en tu obra." Raúl cabecea hacia Eduardo mientras contempla enojado la mirada del galerista cargada de codicia. Algo se sacude en su interior y siente unas incontenibles náuseas. " Discúlpenme ".

Raúl se abre paso entre los dos hombres y se aleja de ellos, decidido, en dirección a la puerta de la galería." ¿ Raúl, qué diablos estás haciendo ? "

El joven se detiene un instante delante de la puerta, sin ni siquiera girarse.
" No vas a sacar ni un céntimo de mi trabajo. "

La puerta se cierra de un portazo, acompañado de una nueva melodía de la campanilla. Häel mira hacia la calle, contemplando la escena desde la penumbra de la galería. Un murmullo escapa de sus labios. " Ya no falta mucho. "

Cuando Eduardo sale a la calle, se encuentra con una tela medio envuelta por un papel medio destrozado, echada en el suelo, ante la galería. Una pintura que no se encuentra en mucho mejor estado que su propio envoltorio.

Un mar embravecido por una terrible y oscura tormenta.

**Autor: Jordi Armengol Carner; L'Ametlla del Vallès, Barcelona, España.
Relato inédito. Hyperespacio Andrómeda www.libroandromeda.com**

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de la obra "Galería de Almas" en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.